

Jorge Herrera Silva

## Niebla



S como si uno fuera debatiéndose entre las sombrías floraciones de un sueño húmedo y persistente. Se camina como sonámbulo, casi sin conciencia, ajeno al punto de apoyo de la realidad y sus contornos salvadores. La neblina gravita sobre la ciudad como una noche de harinas espesas. El invierno arrecia y se hace costumbre su prolijo estilete de frío lacerando la garganta.

El barrio es pobre y nauseabundo. Oscuro rincón metropolitano, donde se estrechan entre los tabiques del conventillo, los familiares de los obreros del puerto. A lo lejos, como una queja, rasga el aire la sirena de algún vapor anclado en la bahía. Los transeuntes se cruzan en las calles como sombras repentinas. Es probable que muchos de ellos alimenten en su corazón la llama de una esperanza o de un amor de cauces anchos. Pero esa noche, uno advierte que la vida es como la niebla, que por extraño sortilegio, hace que las luces del alumbrado sean apenas semejantes a gusanos luminosos envueltos en un capullo de bruma,

Un hombre alto, de espaldas corpulentas, camina nerviosamente por la acera. Su aspecto es el que ofrecen generalmente los obreros de las faenas marítimas. Va transido de frío, pero experimenta un vago deleite escuchando el taconear de sus pasos. Un cigarrillo encendido en la boca le sirve de antena para guiar su rumbo. La verdad es que no lleva dirección precisa y la niebla le resulta agradable. Su cuerpo de gigantón recibe una caricia estimulante con el roce mojado de la neblina. Y disfruta de un placer elemental, instintivo, al caminar así, largamente, hacia cualquier parte, después de siete meses de presidio por un turbio negocio de mercaderías «descargadas» de un barco español. Quiere, pues, enseñarles otra vez la libertad a sus piernas, y tanto mejor si en el barrio nadie lo reconoce a través de la densa cortina de humo que va jalonando al caminar.

Son las ocho de la noche.

A la vuelta de la esquina, se insinúa la silueta desdibujada de una mujer. En la penumbra se ven—más bien se adivinan—unos ojos de bestia resignada y unos labios flácidos, pero rojos de lascivia y de carmín. El hombre no se detiene, cogido por su vagabundeo en libertad. La mujer insiste y lo alcanza con una frase provocativa. Gira entonces sobre sus talones y grita:

—¡Vete, perra!

La sombra se desvanece.

Un letrero luminoso atrae sus miradas. Y el anticipo de la sensación conocida del obscuro mosto a través

de su garganta, hace brincar su lengua con un estampido de satisfacción.

De un golpe abre la puerta. Adentro hay luz, música, bullicio. Un rebaño de parroquianos se alinea ante el mesón. Es una multitud ávida, abigarrada, sordida. Entre ellos conversan, discuten, gritan. Beben «al crédito», se traicionan con los dados... Viven ardientemente su minuto. Sobre un pequeño escenario, una mujer obesa y descarada entona la última canción de moda, aunque más se preocupe de exhibir sus carnes traposas y vencidas, como los fuelles de un sofá en ruinas...

El recién llegado bebe una y otra vez un brebaje que al inundar sus células, va invadiéndolo de un infinito bienestar. Piensa en Julia y en el vino caliente que le tendía al llegar a casa después del trabajo en la bahía, bajo la lluvia sin piedad. Deliberadamente, le ha ocultado la fecha de su regreso. Siente el deseo violento de quebrar su talle entre sus brazos fornidos. ¿Y la pequeña Rosina? Recuerda que cuando la dejó empezaban a asomarle las primeras perlas de las encías. Sale precipitadamente hacia la calle.

El frío lo hace estremecerse. No, será mejor caminar un rato más. Unas cuadras más. Ahora, quiere ver caras limpias, alegres, de gentes felices, que vivan sanamente. Sus pasos lo llevan al centro de la ciudad. Cree haber pisado ya otra vez esa acera de mosaicos. Sí. Recuerda que en las proximidades había un «colmao» andaluz donde una orquesta gitana y una pareja

de «cantaores» lo embriagaban a uno de alaridos antes del primer alcohol. . . . Ahí, el maldito contramaestre del barco español los reunió a él y a los otros cuando el asunto aquel de las mercaderías que se esfumaron del fondo de las bodegas. Unos metros más y helo ahí.

Pero la neblina sigue espesa . . . y se extraña ahora de esas gradas que está subiendo y de esos cánticos pausados y monótonos que vienen desde el interior.

Una fuerza desconocida, sin embargo, lo impulsa a trasponer el umbral. La luz fuerte del recinto le daña los ojos. Atrás, junto a un pupitre, un hombre vestido de negro—rígido, enjuto, solemne—con un libro en las manos, entona un himno que la multitud, de pie, repite presa de un delirante frenesí.

Queda absorto, y una actitud de duda se refleja en su semblante, a la vez que un gesto instintivo de defensa ante lo desconocido demuestra que lo que ahí ocurre es ajeno a su experiencia. ¿Dónde se encuentra? ¿Qué fué de la taberna que buscaba?

Ha debido pensar en voz alta. Una señora, próxima a él—abrigo de pieles, cartera opulenta en cuero de cocodrilo—le dice con tono sellado de unción mística:

—Esta es la Casa de Dios.

Y al contemplar su asombro, le extiende un libro abierto, e indicándole con el dedo la página, exclama:

—Tome, y cante con nosotros, Le hará bien . . . ,

El hombre no controla ya sus actos. La música del

órgano le fustiga el alma como a latigazos. La gravedad de los semblantes, la adusta sobriedad del ambiente, la atmósfera de contenida religiosidad, le sobrecojen. Se encuentra como al borde de un abismo que ejerciera sobre él una atracción irresistible. No sabe leer, pero obedece mecánicamente, cogiendo el libro con sus manos torpes. Y emite unos sonidos primitivos, guturales, disonantes, que nacen de su garganta como en los orígenes del canto... Pero luego, con más soltura, ya vinculado al coro, su voz se pierde en el conjunto acompasado de las voces.

Poco a poco, la melodía va adormeciéndola apagando el brillo de sus confusas sensaciones.

—«Buscad a Jehová mientras puede ser hallado; llamadle en tanto que está cercano»...

Han terminado los cánticos y la voz del pastor resuena entre las cuatro paredes, como si cada una de sus palabras contuviese en sí su propia madurez conceptual.

Piensa en los meses que ha permanecido en presidio y—cosa insólita—la vergüenza lo hace enrojecer. Se siente extraño en medio de la pureza que advierte en aquellas gentes, a las que de súbito, quisiera enrolarse...

—«No pecarás...»

Y comprende ahora que su vida ha sido un largo deambular por las calles del pecado, envuelto en la niebla que escudía su alma.

Recorre con la vista el ámbito sagrado. La hermandad evangélica escucha el sermón henchida de fervor. En sus rostros, ha florecido la santidad. En el banco,

junto a él—expresión bovina e inerte—la señora del libro suspira y se evade a un plano de misticismo combativo y militante. Su cartera—cofre de ignorados tesoros—yace ahí, entre ambos, sobre la madera reluciente. El corazón le da un vuelco cuando se sorprende mirando con simpatía codiciosa tan fácil botín...

Pero he ahí, de nuevo, la voz admonitoria de la Escritura:

—«No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe y donde ladrones minan y hurtan...»

El hombre está consternado. Ya ni siquiera se atreve a mirar a hurtadillas las escamas del cocodrilo guardián de esos terrenales tesoros...

En buena hora, porque aun otra vez:

—«La lámpara del cuerpo es el ojo, y así, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso; mas, si tu ojo fuere perverso, todo tu cuerpo será tenebroso...»

El hombre va de tumbo en tumbo, como un tonel por la pendiente. Deshecho por dentro, sudoroso por fuera, sólo piensa ahora en regresar a su casa llevando la buena nueva de su arrepentimiento. Sí, ha vivido descarriado, pero ha descubierto por fin su camino... Por primera vez, su espíritu se ha conmovido profundamente... Y como burbujas desde el fondo del agua, afloran las imágenes a su pensamiento. El más allá... la justicia divina, fría, implacable... los martirios reservados a la conducta indigna...

Su cabeza es una fábrica de locura. Delira. Ve un cocodrilo de fauces enormes mondando la estampa de un pecador...

De pronto se sorprende gritando con los demás:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

Centenares de voces perforan la estancia. Y grita, grita, como si así desahogara la caldera de sus confusos sentimientos en ebullición...

No resiste más y casi con alegría física, se lanza a la calle.

Afuera, todavía la niebla, que ahora lo acoge con su sábana sedante. Pero la punzada del frío, lo trae a la realidad.

Y volviéndose hacia la puerta que acaba de traspasar, gruñe:

—Bah, ¡patrañas!

Luego, hurgando bajo la amplitud del saco marino, extrae la cartera de su mística vecina. Con ella en una mano y el libro de salmos en la otra, se sumerge presuroso en la niebla, con la actitud del hombre que recién ha logrado conjurar un extraño maleficio.

Y su silueta se pierde en la noche como una vacilante lamparilla en el pozo sombrío de una mina.